

En la muerte de Maragall

RECOGIDO EN "De esto
y de aquello" tomo I.....

Sr. Director de La Publicidad.

No sabe usted bien, amigo mío, el efecto que su telegrama me ha causado y eso que esperaba esa noticia. Esta misma tarde paseándome con Cándido R. Pinilla—traductor á verso castellano de algunas poesías de Maragall—hablábamos de lo que se decía de su gravísimo estado. De prisa y corriendo he trazado las líneas adjuntas, de homenaje público, por ahora. Hay que hacer más, mucho más. Yo admiraba mucho, muchísimo al poeta, pero quería más, mucho más, si es posible, al hombre. No ha habido otro que haya ejercido sobre mí mayor acción de presencia. Irradiaban bondad y una bondad henchida de inteligencia su rostro, su mirada... Parece que le estoy viendo cuando me miraba con sus ojos de un mirar tan sereno y hondo como su poesía. Y las cartas, las cartas que de él guardo! Son unas cuantas. Qué tesoro! A cuantos amigos se las he hecho aquí y en Bilbao leer los he vuelto amigos del hombre, enamorados de su alma. Esas cartas son una de las cosas de más precio que legaré á mis hijos. Estamos todos de luto. Está sobre todo de luto España, y en especial Cataluña. Que pena, Dios mío, que pena!

Vaya, adiós. Otra vez tocará á otro.
Es su amigo,

Unamuno

En este momento recibo el telegrama de La Publicidad en que se me anuncia la muerte del poeta inmortal, de Juan Maragall, del amigo del alma, del hermano. Interrumpo á medio párrafo lo que estaba escribiendo para trazar, antes de que mi estupor pase, estas líneas.

Presentía Maragall su temprana muerte. Entre las admirables cartas que de él guardo—y es acaso lo que más aprecio de cuanto de él conozco, pues allí, en la intimidad veía toda la nobleza de su alma—hay una en que me hablaba de sus temores. Tristes aprensiones que el hado indómito ha venido á justificar!

Recordaré mientras viva el día en que, acompañado de Eduardo Marquina, fui ahí á verle en su hotelito de San Gervasio. Que dejar fluir de nuestros espíritus en la penumbra y tibia ambiente de su gabinete! Por cierto que estando allí, con él, sonó fuera, en la calle, la esquila del Viático; se siguió un silencio durante el cual noté en él un cierto desasosiego. Y al salir díjome Marquina que mi pre-

sencia acaso le cohibió para arrodillarse. Me le contesté: «no me he percatado de ello que sino soy el primero en arrodillar-

me». Y ahora me arrodillo en espíritu, pero clavándome en tierra de hinojos, mientras oigo en el alma la esquila del Viático de gloria que al eterno reposo le aconpaña.

Y descanse en paz! descanse en paz este hombre de paz suprema, el más merecedor de paz y de descanso! Descanse en paz este inmortal poeta de la serenidad y de la nobleza.

España acaba de perder á su más grande poeta contemporáneo, al que más dentro llegó de sus entrañas. Y llegó á las comunes entrañas ibéricas á través del alma de su Cataluña. A fuerza de catalán era honda, íntima, entrañadamente español.

Y qué proyectos los suyos para anidar esta hermandad ibérica, haciendo entrar á los portugueses en ella! En sus últimas cartas apenas me hablaba de otra cosa. Proponíame que fundásemos una revista, que acaso se editaría aquí, escrita en castellano, catalán, portugués y en cuantas hablas se hablen en la península. Todo se lo ha llevado la muerte!

Me deja, como me dejó Ganivet, otro amigo y hermano del alma, un recuerdo imperecedero que embalsamará para siempre mi memoria, me deja también, como me dejó aquél, un ramillete de cartas admirables, tan admirables como sus más hermosos poemas, y escritas en castellano, en este nuestro castellano que él, maestro de la lengua catalana, escribía en maestro.

Cuando no hace aún un año hubo un tiempo en que pensé enviar á mi hijo





3-86

mayor á estudiar ahí arquitectura me escribía: «No le digo como he de recibir á su hijo; será como otro mío. Tengo ya trece; serán catorce.» (carta del 25 de Marzo). Y se ha muerto, se ha muerto el que pudo haber llegado á ser otro padre de mí hijo!

Pero no, no ha muerto, no! y ahora desde la inmortalidad será otro padre de todos cuantos amamos la verdad, la bondad, y la belleza. Porque este soberano poeta era soberanamente veraz y sincero, soberanamente bueno! Fué un santo! Y su poesía es poesía de santidad.

Para tiempos de más reposo un estudio más de fondo y más de calma, como me lo pide también aquel otro amigo con quien ha ido Maragall á juntarse, aquel otro gran español á quien se trata de honrar ahora.

Se nos ha muerto Maragall, el poeta de Iberia, y al morirsenos se nos immortaliza. Viva Maragall!

Miguel de Unamuno

Salamanca, 20 XII-11.



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.SAL.E.S